
CAPÍTULO I

LA SOCIEDAD MEXICANA HOY

La variedad de paisajes naturales y urbanísticos tiene una incidencia preponderante en las diferentes formas culturales e idiosincrasias que han conformado la sociedad mexicana a lo largo del tiempo. En particular ha definido muchos aspectos intrínsecos de culturas indígenas que, junto con otros grupos, enriquecen la vida cultural del país. De este modo, la diversidad biológica y cultural han propiciado una muy rica gastronomía, una amplia gama de métodos tradicionales de diagnóstico y remedio de enfermedades, ritos, mitos, artes, cantos, prácticas, tabúes, pluralidad física, lingüística y psicológica, de formas de inteligencia y de comprender, de pensamiento lógico, analítico o intuitivo y, por lo tanto, de conciencias.

Todo esto nos hace únicos, ha moldeado nuestro carácter y engendrado nuestra conciencia de unidad como nación; junto con los contrastantes niveles sociales y económicos, también define las peculiaridades de nuestros problemas, pero sobre todo nos brinda un enorme potencial como sociedad para resolverlos de manera creativa e innovadora, de acuerdo con los requerimientos que la multiplicidad impone.

México es inmensamente rico y profundamente pobre. Severas diferencias socioeconómicas afectan a su población. Millones de personas son analfabetas funcionales, el acceso a la educación y a la cultura es aún limitado, aún subsisten problemas de discriminación sexual y racial, una arraigada desconfianza hacia las insti-

tuciones gubernamentales, ligada a corrupción y mal manejo de los recursos económicos. Existen fuertes problemas ambientales y la población no está aún plenamente sensibilizada al respecto. No hemos logrado a plenitud una cohesión social que permita, por ejemplo, la integración de los pueblos indígenas a las dinámicas del resto de la población mexicana; lo anterior sin perder su identidad y valorando todas las diferencias culturales y su potencial generador de nuevas soluciones para conflictos sociales y ambientales.

No resulta fácil definir a la sociedad mexicana de hoy. Si dejamos de lado la retórica no es fácil explicar su estructura y su comportamiento. Es una sociedad compleja, de rostros diversos, con amplias diferencias. Es también una sociedad contradictoria: coexisten los rostros más progresistas y los más conservadores, grupos con formas de pensar y de vivir aferrados a nuestros más desafortunados estereotipos, y otros con una amplia libertad de pensamiento, según las pautas más nobles de interrelación social y de género.

El norte y el sur son, por decir lo menos, completamente ajenos el uno al otro y en buena medida desconocidos el uno para el otro. Podríamos considerar que el centro —los estados de Guanajuato, Hidalgo, Puebla, de México, Tlaxcala, Morelos y Querétaro— son la mayor confluencia de las diversas idiosincrasias nacionales, pero en esto también hay reservas. Las diferencias culturales entre las costas del Pacífico y del Atlántico son también acentuadas. Tabasco y Veracruz son muy diferentes de Sinaloa o Oaxaca, como también lo es la costa tamaulipeca de la nayarita. Para un extranjero, es difícil comprender que en el mismo territorio habiten yucatecos y sudcalifornianos, paradójicamente ambos reservados y celosos de su tierra, quizá por ser equidistantes, por su lejanía “de todo lo demás”.

En ocasiones solemos considerar que la diversidad cultural de México está enmarcada básicamente por sus grupos indígenas, aproximadamente 56, entre los que se conservan vivas 50 lenguas. Y estos grupos no sólo están en el sur y el centro de México sino también en algunos estados del norte como Sonora, Chihuahua y Sinaloa. Me atrevo a decir también que podemos encontrar numerosos textos que ilustran la pluralidad cultural de México según los

grupos étnicos, y creo que no es así: la variedad étnica forma parte de la gran diversidad cultural de México, es uno de sus componentes pero no la define. Recordemos que las etnias apenas llegan a siete millones de personas, en números cerrados.

La gama cultural —costumbres y tradiciones, la mayoría anteriores a la Independencia; historias regionales y locales; expresiones creativas de gran fuerza, desde lo popular hasta las bellas artes; una muy amplia variedad culinaria— caracteriza a todo el territorio nacional y sin duda es de una gran riqueza humana y social.

Hay sectores de la sociedad mexicana que aprecian a los extranjeros y conviven sanamente con ellos, celebrando que hayan escogido nuestro país para desarrollarse (a mucha gente de otras latitudes nuestro país le gusta precisamente por sus habitantes y la fuerza de su cultura), mientras otros expresan constantes manifestaciones xenófobas, que a fin de cuentas sólo ponen de relieve los miedos y complejos más acendrados.

A la vez, el lento avance económico y las profundas desigualdades han ido dando un margen creciente a la intolerancia, el resentimiento, al hecho de culpar a otros por nuestras carencias. Estas conductas se manifiestan en la vida cotidiana y a veces encuentran cauce en las expresiones más primarias de la agresión al otro y en una autoafirmación de grupo amparada en lo excluyente. Pero también me atrevo a decir que si el agresor y el sectario son culpables, quienes hemos tenido otras oportunidades no somos inocentes.

No debemos tener miedo a reconocer que somos, en muchos aspectos, una sociedad clasista y esta conducta se expresa de un grupo social a otro. Orgullosos de nuestro nacionalismo, hay quienes tienen conductas racistas con nuestros propios coterráneos, un racismo que también alimenta el clasismo y viceversa.

Hay grupos aferrados a los estereotipos: el machismo, las conductas preconcebidas y los prejuicios, y ven como natural la degradación de la mujer o su posición en un segundo plano familiar o social. Una de cada cuatro personas “está de acuerdo con que muchas mujeres son violadas porque provocan a los hombres”, y para 40% de la población las mujeres que quieren trabajar deben hacerlo en “tareas propias de su sexo”. A la vez, de acuerdo con

datos de 2009, sólo cuatro de cada diez aceptarían en su casa a un homosexual, una lesbiana o un enfermo de sida.

Sin embargo, hay otros que se muestran más abiertos a nuevas formas de vida, manifestaciones culturales y tipos de relación. Entre los jóvenes se halla el mayor porcentaje de quienes ven el mundo con ojos menos prejuiciados, más abiertos a la recepción, respeto y comprensión del otro.

Todo este conjunto de diferencias arraigadas por desequilibrios estructurales vinculados al reparto del ingreso, las oportunidades de desarrollo, los saldos pendientes en educación y la falta de civilidad, hacen más complejas las transformaciones, los cambios y la comunicación entre distintos sectores sociales. En suma, dificultan las coincidencias.

Por otra parte, no podemos olvidar que las manifestaciones menos desarrolladas de los medios de comunicación, principalmente la radio y la televisión, con un distorsionado sentido del humor, del chiste y de lo gracioso, continúan, en aras del rating, produciendo y difundiendo programas en los cuales los componentes más desafortunados de nuestra conducta social se ven reflejados y estimulados como si fueran motivos de orgullo y satisfacción; acuden a estereotipos elementales y grotescos, que lo mismo se exaltan el machismo más abyecto que el matriarcado más desafortunado, o se hace burla y escarnio de algunas preferencias sexuales.

Sin embargo, hay un rasgo común en toda esta pluriculturalidad mexicana que conforman los 110 millones de habitantes que pueblan los estados de la república y el Distrito Federal: luchan y quieren un país mejor; a veces sus esfuerzos dan frutos, otras parecen estar condenados, decenio tras decenio, a la desesperanza. Es una sociedad que a pesar de las crisis no se da por vencida. Siempre encuentra, la forma de salir adelante; no es gratuita la expansión del comercio informal en todo el país. Es una sociedad familiar y comunitariamente solidaria, pero esto a veces también la hace poco participativa en objetivos más amplios y menos gremiales.

A veces con humor o sin él; en ocasiones con tolerancia y respeto, en otras con agresiones diversas, todos expresan sus anhelos y frustraciones y también, debemos aceptarlo, una resignación sorda

que poco a poco va acentuando el individualismo y los afanes personales en convivencia con expresiones revanchistas. Basta leer los comentarios que expresan los lectores en las páginas de internet de los diarios sobre notas políticas o deportivas, para darse cuenta de ese enojo, esa rabia, resentimiento y desprecio que se expresa en el anonimato. Por otro lado no faltan quienes repudian esas expresiones y la negatividad y desesperanza que manifiestan.

A pesar de sus transformaciones, la familia continúa siendo el núcleo social, así que es necesario que partamos de sus modificaciones en los últimos 30 años para comprender parte de los cambios en la sociedad mexicana actual. Partamos del hecho de que en 1960 había 6.8 millones de hogares y a mediados de la década actual 23 millones.

Estos cambios sustanciales tienen sus orígenes en razones que van desde la evolución demográfica, el empleo y la ampliación de los roles de la mujer, hasta los límites de la solidaridad filial. Ahora es muy difícil decir, como hacían nuestros abuelos, “donde comen cuatro comen cinco”, y “le echamos más agua a los frijoles”. En la actualidad, donde comen cuatro apenas comen esos cuatro, y si le echamos más agua a los frijoles no sabrán a nada.

La población de México se duplicó en 40 años, y eso gracias a las políticas informativas, educativas y de promoción del control de la natalidad que mostraron sus efectos al comienzo de los años ochenta; de lo contrario seríamos hoy más de 130 millones de habitantes. Aun en el medio rural las tasas de natalidad han descendido.

La familia mexicana ha cambiado en su tamaño, su estructura, sus relaciones internas e incluso en su espacio; esto último en particular en las clases medias. En general en muchos aspectos, como veremos, la familia de hoy es mucho más compleja y diferente de la que predominaba en los años sesenta, con peculiaridades propias de cada nivel socioeconómico.

Sin embargo, a pesar del crecimiento poblacional, las familias han reducido su tamaño, al grado de que seis de cada diez hogares están compuestos por un máximo de cuatro personas (padres y dos hijos), mientras que hasta mediados de los setenta, la mayoría de las familias estaban conformadas por cinco o más miembros y en muchos casos incluían al menos a uno de los abuelos.

Por otra parte, sobre todo en las llamadas clases medias, los hijos permanecen más tiempo que antaño en la casa paterna. Una de las razones es que cuando el hijo es adulto y trabaja suele tener un sueldo que dista mucho de facilitarle la independencia. Para quienes egresaron de la universidad a más tardar a finales de los años setenta, la inserción en el mercado de trabajo en condiciones que podríamos considerar favorables era mucho más sencilla de lo que es en la actualidad. Es más, contar con un título universitario era prácticamente un seguro de empleo. Por lo general, los hijos se casaban entre los 24 y los 28 años; hoy la edad va de los 28 a los 35, y todavía la tasa de hogares unipersonales en México es muy baja (no llega al 3% considerando incluso a los adultos mayores que han enviudado).

Las mujeres se han hecho mucho más presentes en las actividades extrahogareñas, si bien esto no significa que se hayan desentendido de la familia; al contrario. Independientemente de lo que pueda significar el desarrollo personal fuera del hogar, las mujeres saben que para alcanzar un mejor nivel de vida en la familia necesitan trabajar. En todos los niveles sociales las encontramos estudiando, trabajando, buscando un desarrollo personal más allá de las concepciones tradicionales, lo que, en caso de estar casadas, altera el tipo de convivencia familiar.

Los nuevos roles en la relación de pareja han traído aparejadas nuevas situaciones, como el divorcio o la separación, que todavía en los años setenta eran una excepción. Si hasta los años sesenta la mayor causa del final de un matrimonio era la viudez, ahora a nadie le extraña el divorcio o la separación, lo que en la mayoría de los casos, y más allá de las responsabilidades paternas, propicia que los hijos vivan con la madre.

Aunado a ello, en particular desde el inicio de la década de los noventa, cuatro de cada diez hogares tenía apoyo económico directo de algún integrante femenino (la propia madre o a veces la hija mayor). En el año 2000 aumentaron a 53.7% y en por lo menos 20% de los casos la mujer es la principal o única proveedora.

Ciertamente esta participación femenina tiene muy diversas razones, que van de las más afortunadas, como puede ser la apertura de mayores espacios laborales para las mujeres y la posibili-

dad de dar cauce a sus posibilidades de desarrollo fuera del hogar, hasta la muy clara necesidad de aportar ingresos a la familia para salir adelante. A ello debemos agregar que hoy la población femenina es mayor que la masculina en poco más de cuatro millones, suceso demográfico que forzosamente debe modificar las tendencias de empleo y participación de género en la productividad y en la familia. Pero quizá lo que más debemos reconocerle a la mujer mexicana es el denodado esfuerzo con el que ha luchado por sus derechos y para abrirse espacios, a fin de “demostrar” que no sólo es tan capaz como el hombre sino que en muchas ocasiones lo es mucho más; y más comprometida, más responsable, más creativa; con frecuencia debe defenderse a brazo partido o capotear los acosos, las insinuaciones y el menosprecio del que puede llegar a ser víctima.

Hay otro sector de la población amplísimo, de vital importancia y con el que día a día acumulamos saldos: el de los jóvenes. De 1960 a 2010 la población de jóvenes (de 14 a 29 años) pasó de ocho a 26 millones, y esta tendencia irá en aumento. Es un potencial envidiable para cualquier país, pero en nuestras condiciones actuales se ha vuelto un problema al que no matiza ningún discurso. Además, recordemos que eso nos hace tener una población mayoritariamente adulta cada vez más consciente de sus derechos y de las obligaciones que el Estado debe cumplir. Sin embargo, debemos estar atentos para no confundir derechos con conciencia política o democrática imbuida de confianza. El desencanto en cuanto a los políticos es tan claro en la población joven como en sus padres, y en ellos pesan los prejuicios —en muchos casos con base— acerca de corrupción, indiferencia, preocupación por intereses sectarios o partidistas más que por la sociedad, de los que responsabilizan a todos los políticos, sea cual sea su partido.

En 1960, 70% por ciento de los jóvenes vivía en el medio rural; hoy, 75% lo hace en las zonas urbanas y es en ellas donde está su demanda de estudios, empleos, y nuevas formas de vida; en ellas emanan sus proyectos, sus anhelos. Pero la población joven rural también sigue creciendo. Este cambio tan drástico, motivado tanto por las aspiraciones como por la evolución de la productividad y la movilidad social, implica retos de gran magnitud para la educa-

ción, el empleo y, desde luego, la disponibilidad habitacional, retos a los que estamos muy lejos de enfrentar con eficacia y eficiencia.

Sean rurales o urbanos, los jóvenes tienen, por naturaleza, no sólo demandas de empleo y estudio sino también de deporte, entretenimiento y cultura. Requieren, siempre, que sus energías se encaminen a actividades productivas en el más amplio sentido de la palabra, de lo contrario son presa fácil de la delincuencia, organizada o no. Pensando únicamente en términos de mercado, recordemos que en todo el mundo los jóvenes son el mayor nicho de consumo: música, conciertos, cine, cómputo, juegos electrónicos, espectáculos deportivos, teatro, etcétera (un etcétera muy amplio y variado). Y el consumo requiere ingresos.

Por otra parte, si bien nos referiremos al tema de la educación media y superior en el capítulo correspondiente, es necesario señalar aquí algunos datos nada satisfactorios.

Cabe recordar que la cobertura en México para la educación media superior es de 50% de la demanda, y apenas se alcanza a atender 30% de la correspondiente a educación superior. Además, sólo 21% de quienes ingresan a ella terminan la licenciatura.

¿Qué sucede con ese 70% de estudiantes que no tiene cabida en la educación superior? Algunos optan por carreras técnicas, aunque en este caso hay que recordar que son movidos desde una primera instancia, es decir, al concluir el bachillerato. La mayoría de quienes no encuentran lugar en las universidades públicas no vuelven a estudiar y presionan anticipadamente el mercado laboral.

El resumen de esta situación, sin disfraz alguno porque no es ético plantearlo, es que hasta ahora el país no ha logrado satisfacer su demanda educativa. Evidentemente, tampoco ha podido acercarse siquiera a una satisfacción del empleo medianamente digna, pues ya vimos los números redondos al respecto. Esta situación empeora año con año, máxime que hace 20 años México dejó de ser un país de niños para convertirse en uno de jóvenes. El potencial desperdiciado es incalculable. Nuestro saldo al respecto es poco satisfactorio, aun reconociendo los esfuerzos de los últimos 40 años; recordemos que en 1970 el país no tenía más de 25 universidades entre públicas y privadas. Fue precisamente en la

década de los años setenta que se dio un fuerte impulso a la creación de universidades públicas (tradicionales o tecnológicas) y a los bachilleratos técnicos.

Por otra parte, es importante llamar la atención sobre el problema de la lectura en México por su importancia en el desarrollo intelectual y social de la persona. Leer contribuye a eliminar prejuicios y hábitos destructivos en lo individual y en lo social. Leer sensibiliza, propicia reflexión, conocimiento, proporciona información, estimula la creatividad, ejercita el cerebro, incrementa la capacidad crítica y de análisis de la realidad. Una sociedad que lee forzosamente piensa, actúa mejor y se dota de mayores herramientas para enfrentar sus problemas personales, sociales y políticos. Leer ayuda al hombre a ser más libre y a mejorar su capacidad de elección y decisión.

Nuestro problema es que el índice de lectura de libros en la sociedad mexicana es sumamente bajo. En el país se lee un promedio de 1.3 libros por persona al año, es decir, libros comprados en librería para tal propósito. En 2008 la población mexicana ocupó el último lugar en competencias lectoras de las 30 naciones que integran la Organización para la Cooperación y el Desarrollo Económico (OCDE). Cincuenta por ciento de los jóvenes de 15 años se ubicó en los niveles cero y uno. Por si estos datos no fueran suficientes, un estudio elaborado por la UNESCO en 2006 en 108 países, arrojó que México ocupaba ni más ni menos que el puesto 107 en lectura. En México, según la UNESCO, sólo 2% de la población tiene el hábito de la lectura; en Inglaterra lo tiene 74%. No hay mucho que agregar al respecto.

Diversos estudios han comprobado que la falta de lectura limita el uso del lenguaje, la capacidad de expresión y, en consecuencia, la manera de pensar en todos los órdenes. Esto, desde luego, tiene un costo muy alto en el desarrollo humano, la convivencia social y la evolución de una sociedad. La falta de lectura limita las capacidades reactivas y proactivas de una sociedad.

¿A quién atribuir este déficit, esta carencia? ¿Al gobierno, a la propia sociedad? No se trata de encontrar culpables sino de encontrar el método más adecuado que permita mejorar notablemente esta situación. La solución debe ser compartida por el gobierno

—mediante la educación y la promoción de la lectura— y la sociedad, principalmente los padres de familia. El hogar es el espacio más importante para estimular la lectura y crear el hábito en los niños. La escuela enseña, pero la familia educa.

En Japón, 90% de la población tiene el hábito de la lectura. Creo que nadie duda del desarrollo científico y tecnológico de Japón, de su civilidad, del respeto a sus tradiciones y de la reverencia con que se trata a los mayores.

Un problema importante para la convivencia de la sociedad —que ha aumentado desproporcionadamente a pesar de los llamados de atención desde el principio de los años ochenta— es el cuidado del medio ambiente, junto con la falta de espacios abiertos para la recreación de familias, niños y jóvenes. Hemos sido especialistas en crear urbes de concreto en las que hay una notoria carencia de áreas verdes y campos deportivos. Parece que construimos ciudades para los vehículos automotores y los centros comerciales, y no para la gente. Las grandes inversiones urbanas se destinan de manera privilegiada a vialidades y transporte y poco a la calidad de vida y la convivencia social. Ello, forzosamente, altera la vida cotidiana de las personas, pues aunque se acostumbren padecen estrés, tensión permanente, lucha contra el tiempo; los niños sólo ven televisión y videojuegos, cada vez tienen menos espacios para jugar en la que se supone es su ciudad; no hay espacios para el deporte, imprescindible en los jóvenes, quienes en contrapartida buscan otros desahogos y otras formas de convivir, en ocasiones nada sanas.

Todavía falta crear mucha conciencia en torno a los problemas de la contaminación y sobre el uso (y abuso) del agua. En 2009 tuvimos avisos serios de lo que se nos avecina: por primera vez hubo racionamiento de agua en distintas zonas del país, incluido el Distrito Federal. No hemos tomado en serio la carencia del agua, la recolección urbana del agua de lluvia y tampoco nuestra responsabilidad personal y familiar en el cuidado de playas y bosques. Si bien es cierto que entre niños y jóvenes se ha desarrollado más la conciencia ecológica, también es verdad que eso sólo sucede en algunos sectores socioeconómicos, por razones vinculadas tanto al nivel de vida como al entorno social.

La información anterior evidencia la situación actual en que hoy nos encontramos, por lo que no es de extrañar que todavía se considere a México un país subdesarrollado. Esta realidad presiona a la sociedad mexicana que, gracias a la globalización, a los medios de comunicación formales y a las tecnologías de la información, tiene mayor acceso al conocimiento de otras realidades desarrolladas y de más alta calidad de vida. Y cuando decimos que la “presiona”, nos referimos a un afán de “tener” sin poder lograrlo, presiona en la comparación desventajosa (a nadie consuela que haya muchos países en situaciones peores que la nuestra) y esta presión genera tensión, frustración, desencanto.

Porque la sociedad también vive en una creciente inseguridad, con una absoluta desconfianza del sistema judicial, de la propia policía, de los abusos de autoridad que cometen el policía de a pie, el patrullero o el agente del Ministerio Público. Porque también duda de que se le haga justicia; de allí que la mayoría de los delitos ni siquiera se denuncien: las víctimas, además de la agresión de que fueron objeto, viven el suplicio de la desatención delegacional, de la indiferencia burocrática ante su situación, su angustia, su pena. Este mal corroe a todo el país en su conjunto.

No debe sorprendernos que la mayoría de los mexicanos desconfíe de su gobierno (federal, estatal o municipal) y de los políticos en general, y que valore en poco a sus congresos; estos últimos son considerados, como veremos en otro capítulo, insatisfactorios de la sociedad: los percibe como incapaces, hasta ahora, de mantener un diálogo fluido con ella e incapaces de comprender el verdadero sentido de sus demandas y satisfacerlas.

La sociedad mexicana se indigna y con toda razón. Siente rabia e impotencia y busca caminos alternos para manifestar su inconformidad, enojo, impotencia en muchos aspectos. Muchos de sus miembros, afortunadamente, han decidido dar la batalla y proliferan las organizaciones de la sociedad civil que luchan por la justicia y los derechos, que se ocupan de los niños de la calle, ayudan a mujeres violadas o víctimas de la violencia familiar; que se ocupan de los problemas educativos y aportan propuestas y acciones; integrantes de la sociedad mexicana que crean observatorios incómodos para algunas autoridades porque registran y analizan

las deficiencias y las hacen públicas. Ésta es también una parte creciente de la sociedad mexicana, a la que nos referimos en el capítulo final de este libro.

Esta desconfianza tampoco significa indiferencia. La sociedad mexicana ha cambiado sus prácticas emocionales, anímicas y participativas en las últimas tres décadas, y lo ha hecho de una manera mucho más rápida que los poderes, legítimos o de facto. La toma de decisiones que inciden en la vida en sociedad de manera progresiva, ascendente y constante, ha estado hasta ahora en la retaguardia, y en buena medida quienes ejercemos la política hemos sido los mayores responsables.

Desde finales de los años sesenta la sociedad emprendió un largo camino para lograr avances sustantivos en materia democrática, fundamentalmente en el logro de libertades ya enunciadas pero en la práctica obstaculizadas, y sobre todo en los aspectos electorales. Esta lucha la emprendió con la esperanza de que la democracia se traduciría en mayor y mejor desarrollo y en mejor justicia legal y social. El saldo, como hemos visto, no resulta del todo satisfactorio.

Si tuviéramos que expresar con frases sencillas lo que quiere la sociedad mexicana de hoy, podríamos decirlo así: educación de calidad para sus hijos, seguridad en las calles para que la ciudad sea de los ciudadanos y no de los delincuentes, salarios justos, oportunidades de empleo dignas, espacios de convivencia, transporte público eficiente, respeto a los derechos humanos, honradez en los funcionarios y legisladores, confianza en la aplicación de la justicia, no temer a las policías, convivencia sin discriminación, cuidado y respeto del medio ambiente, saber que los mejores anhelos pueden hacerse realidad. Eso es lo menos y nos falta mucho.

Si la sociedad no ve que la vida democrática —con sus componentes de pluralidad, debate y aun disputa— le genera beneficios tangibles para hacer frente a sus carencias y necesidades; si la sociedad percibe que la política no es capaz de promover oportunidades de superación individual y colectiva; y si por el contrario testimonia con pasmo, molestia y desánimo cómo la vida política se degrada al escándalo o queda reducida a producto comercial, el país encontrará grandes dificultades para avanzar en la cons-

trucción de una democracia eficaz y que sea incluyente y a la vez resuelva los problemas.

No podemos darnos el lujo de ser optimistas o pesimistas. El único camino que nos queda es el de encontrar respuestas y prácticas que atiendan con seriedad y profundidad las demandas sociales y propicien la participación de la sociedad en el diseño del país al que tienen derecho.